

Al amante que de noche,
Mientras ausente está su hermano,
La jura, asiendo su mano,
Constante y ardiente amor.



PRIMERA PARTE.

RAPTOS Y CUCHILLADAS:

Sacad, Eusebio, la espada,
Que yo de aquesta manera
A los hombres como vos
Saco a renir.
Calderon de la Barca.

I.

Por medio de dos frondosas
Y pintorescas riberas,
Donde copados y altivos
Mil fuertes tilos se elevan,
Pródiga sombra prestando
Al que al pié de ellos se sienta
A gozar la brisa errante
Que en sus hojas juguetea,
Y por las cuales el sol
Se atreve á pasar apenas,
Corre tranquilo y sonoro
Sus olas alzando el Nerva,
Murmurando dulcemente,
Mojando la leve arena
Que en la una y en la otra orilla
Tersa cual cristal se encuentra.

Y llevando en su corriente
Las que se caen hojas secas
De los árboles frondosos
Que oscilan y se blandean
Como las olas del mar
Cuando está en calma serena,
Llega por fin de Bilbao
A la riente alameda,
Eden de dicha y placéres,
Paraíso de la tierra,
Do se aspira el dulce aroma
Del jazmin y la azucena,
Del azahar, del clavel,
De la rosa y viöleta.
Muy cerca de este recinto,
De Bilbao preciosa perla,
Se levanta solitario,
Del rio en la orilla amena,
Un magnífico palacio,
Que claramente demuestra
Ser morada de algun noble,
En las parduscas almenas
Que como seres fantásticos,
O cual visiones aéreas,
Al cielo tiene en tanto
Y en tal desprecio á la tierra,
Que ni osan llegar á aquel,
Ni bajar quieren á esta,
Suspendidas manteniéndose
Entre ambas mansiones quietas.
Mas dejando descripciones
Que al lector nada interesan,

Y cansadas digresiones
Que en vez de agradar molestan,
Daré principio á mi historia,
Que de fabulosa y cierta
Tiene mucho, como tienen
Casi todas las leyendas.

Era una lóbrega noche
En que las nubes se agrupan
Unas sobre otras veloces
Y el cielo esplendente enlutan,
Con su vapor ofuscando
De la amarillenta luna
El rayo pálido y suave
Que quietud y calma anuncia.
Noche en que el hombre malvado
Entre las sombras oculta
Los crímenes horrorosos
Que sin temor ejecuta,
Y que el silencio profundo
De las solitarias tumbas,
El aquilon impetuoso
Silvando con fuerza turba.
En el campo Volantín,
Envuelto en su capa oscura,
De pié y apoyado á un árbol,
Sin cuidarse de la lluvia
Que á descender comenzaba
En grandes gotas con furia,
Un caballero se encuentra
De gigantesca figura,
Fija la vista en un punto
Que allá, en las ondas, dibuja

Del Nerva sus cien almenas
Y sus ventanas vetustas.
Al verle parado, inmóvil,
Envuelto en la espesa bruma
Que de la tierra se eleva
Y á la del cielo se junta,
Cualquiera le juzgaria
De marmol fria escultura,
O vision ó trasgo horrible,
Que las tempestades busca.
A distancia de diez pasos,
Amarrada una falua
Oscila sobre las aguas,
Que ya braman, no murmuran,
Azotadas por el viento
Que constantemente zumba.
Mas por mas que el rayo estalla,
Puertas abriendo á la lluvia
Que dentro las negras nubes
Marchan en incierta ruta,
Inmóvil siempre aq' el hombre,
Envuelto en su capa oscura,
Fija la vista en un punto
Que allá en las hondas dibuja
Del Nerva sus cien almenas
Y sus ventanas vetustas,
Sigue debajo del árbol,
Y de posicion no muda.
En esto una luz opaca,
En la ventana penúltima
Del edificio, que el hombre
Contempla con ansia mucha,

Dejóse ver; y al traves
De una cortina importuna,
La sombra de una persona
Que algo en recorrerla duda.
Dejó el hombre, al divisarla,
Su negligente postura;
Y ávido en la luz fijando
Sus ojos, parece estudia
Los mas leves movimientos,
De aquella vision nocturna,
Cuyas formas seductoras
Ser de una mujer anuncian.
Poco despues la vidriera
De la ventana importuna,
Se abrió, cuando en una torre
El reló sonó la una.
Vestida de leve gasa,
Que rivaliza en blancura
Con el ampo de la nieve
Y con la limpida espuma,
A ella se asomó una jóven,
Que ajitando con presura
Por tres veces un pañuelo
Que tiene en la mano suya,
Avandonó la ventana
Y en su estancia asiento busca.
El arrogante mancebo
Que entre las sombras se oculta,
A esta señal dejó el árbol,
Y el espacio cortó cruza
Que hay desde donde se halla
Hasta dó está la falua.

Desató el cable afanoso
 Que en una argolla se anuda
 Y que el liviano vatel
 Del otro extremo asegura.
 Y cojiendo el fuerte remo
 Con extrema fuerza, hercúlea,
 Dejando antes un laud
 Que bajo la capa oculta,
 Remando á la opuesta orilla
 Llegó, venciendo la furia
 De la terrible corriente
 Del rio, por el cual surca.
 Allí, el remo abandonando,
 Volvió á amarrar la falúa
 En otra argolla que al muro
 Del palacio se asegura;
 Y cojiendo entre sus manos
 El laud que suave pulsa,
 Cantó bajo la ventana,
 Con armónica dulzura,
 Esta cancion que la hermosa
 Desde su estancia la escucha.

Mujer hermosa
 Como los ángeles,
 Cual la radiosa
 Lumbre del sol,
 Tú eres del cielo
 Querub purísimo;
 Gloria del suelo
 Rico Español.

Tú eres la estrella
 Que guia al mísero

Que de tu huella
 Siempre va en pos:
 Tú de mi vida
 Eres el bálsamo,
 Prenda querida
 Que me dió Dios.

A la ventana
 Muger angélica,
 Sal mas galana
 Que el astro rey:
 Sal, virgen pura,
 Que tu eres mi ídolo,
 Tú mi ventura,
 Mi amor, mi ley.

Calló el cantor y siguióse
 A su voz tierna y meliflua,
 Del viento el silbido horrisono
 Que entre las almenas zumba.
 Esperó por un momento
 Con impaciencia profunda,
 Mirando acia la ventana
 Donde ya no hay luz ninguna,
 A que saliera la hermosa
 Cuyos ojos los de él buscan;
 Y cuando desesperado
 Maldecia su fortuna,
 Se dejó ver su adorada
 Blanca en la ventana oscura,
 Cual entre mil negras nubes
 Se vé esplendente la luna.

—¡Fernando!—¡Leonor!—¡Ah! sube,
Que cae el agua á torrentes,
Y mil rayos inclementes
Salen de esa negra nube.

No te pude antes llamar,
Aunque con dolor bien harto,
Que estaba padre en mi cuarto
Y fué preciso esperar.

—Voy á colocar la escala,
Dijo el dichoso galan,
Cuyo imponderable afan
Al de ella tan solo iguala.

Y arreglándola al instante,
A la pared la arrimó,
Y por ella se subió
Hasta el cuarto de su amante.

Dejó á un lado su laud;
Y lleno de fé y de amor,
Se sentó de su Leonor
Al lado ya con quietud.

Y ambos de dicha embriagados,
Llenos de gloria y ventura,
Así hablaron con ternura,
Del mundo entero olvidados.

Fernando.

Eres un angel, Leonor,
Un ángel que dentro el alma

Vierte esa agradable calma
A todo bien superior.

Eres la gloria, la vida
Que anima mi corazon,
De la celeste mansion
Un alma á mi ser unida.

Mi ventura, mi tesoro,
Mi consuelo, mi alegria;
Una imájen de María,
Virgen madre á quien adoro.

Mas no un amor terrenal
Me arrastra ácia tí ¡oh muger!
Que algo tiene, á mi entender,
Este amor de celestial.

Algo tiene, sí, que mi alma
Al estar junto de tí,
No siente ese frenesí
Que roba al hombre la calma.

Goza pasion menos dura,
Mas dulce, mas deleitable,
Cuanto indecible agradable,
Y cuanto agradable, pura.

Tierna cual de amante padre
Acía el hijo de su amor:
Dulce como es el dolor
Del recuerdo de una madre.

Grata cual la del cristiano
Acia el Señor de Israel;
Y bella, inocente y fiel,
Cual de una hermana á un hermano.

Así te amo yo, Leonor,
Porque en tu virtud contemplo
Que eres de pureza un templo,
Y que es muy puro tu amor....

Leonor.

¡Fernando, Fernando mío!
Tus palabras, de amor llenas,
Mitigan todas mis penas,
Que es oírte mi albedrío.

Un éstasis delicioso
Se apodera de mi misma,
Que en hondo placer me abisma
Si oigo tu acento armonioso.

Es un encanto imposible
Al labio mío espresar,
Que es dado solo gozar,
Bello, grato, indefinible.

En vano mi padre anhela
Que arranque del corazón
Esta terrible pasión,
Y porque no entres, tú, vela.

En vano procura inquieto
Que ame á Fadrique y no á tí.

Cuando no encuentro, ¡ay de mí!
A mi amor un amuleto.

Cuando es mi gloria escucharte,
Cuando es mi dicha quererte,
Cuando es mi infierno perderte,
Y mi ventura mirarte.

Cuando no encuentro en el mundo
Mas consuelo, en mi dolor,
Que tu ternura y tu amor
Respetuoso y profundo.

Si; Fernando; y si á los dos
Nos separa adverso el hado,
No ser ya de otro he jurado,
Y seré esposa de Dios.

—¡Leonor! dijo de amor lleno
El ardoroso Fernando,
Con tierno afán estrechando
A su amada contra el seno.

Mas pasos al escuchar,
En silencio ambos quedaron,
Y fina atención prestaron
Para ya nada dudar.

Y cuando Leonor segura
Quedó de que alguien llegaba,
Dijo á su amante que estaba
Mirándola con ternura.

Leonor.

Huye; mi padre es quien viene
Huye, pues si te alla aquí,
Matará, en su frenesi,
A la hija única que tiene.

Huye, por Dios, al momento:
Avierta está la ventana;
Y yo te diré mañana
A que vino á mi aposento.

Fernando.

Desecha todo temor
Y toda inquietud y susto:
Voy á huir por darte gusto:
A Dios mi bella Leonor.

~~~~~

Y ya había á la ventana  
Subido el amante jóven,  
Cuando del cuarto la puerta  
Dando entrada á un viejo abriose.  
—¡Ynfame! exclamó furioso  
Echando mano al estoque,  
Y corriendo ácia su hija  
Que al mirarle demudóse.  
Tu sangre impura es preciso  
Que tu mancha horrible borre.  
Y ya el golpe dirigia  
Acia el seno de la jóven,  
Cuando Fernando lijero  
Entre los dos se interpone

Desviando con su brazo  
El bien dirigido golpe.  
—¡Maldicion! clamó el anciano;  
Mi venganza será doble;  
Y sobre Fernando al punto  
A cuchilladas lanzose.  
Sacó el amante su espada,  
Siempre cuidando á la jóven  
Que detras de él sin aliento  
Estaba pálida, inmoble.  
Ciego de furia el anciano  
Estocadas tira enormes,  
Anhelando dar la muerte  
Al que á sus miras se opone.  
Fernando, sin tirar nunca,  
Solo contiene los golpes  
De su contrario, tranquilo,  
Sin que en nada le provoquese.  
—Fernando, tente, decia  
Leonor; no hieras al hombre  
A quien debo la ecsistencia,  
Si quieres que yo te adore.  
—Nada temas, Leonor mia,  
Que no mancharé mi nombre  
Con la muerte de tu padre,  
Aunque á nuestra union se opone.  
Mas si quieres no sucumba  
Mi vida á sus rudos golpes,  
Huye mientras me defiendo  
Y en salvo, Leonor, te pones.  
—¡Huir! no: dijo la hermosa:  
Lo que tu lengua propone



Es imposible que admita;  
Con mi suerte estoy conforme.  
—Pues bien, no huyas: á los dos  
Nos matará aquí su estoque;  
Mas al decir esto herido  
El desgraciado sintióse;  
Y un ¡ay! lanzó que á Leonor  
La sangre en el cuerpo helóle.  
Pero viendo que aun seguia  
Combatiendo, decidióse  
La infeliz á obedecerle  
Viendo que á morir le espone.  
Y subiendo á la ventana,  
Por la escala descolgose,  
Y tras ella don Fernando  
Bajó cerrando de golpe  
La ventana; y de la argolla  
Desató el barco veloce.  
Quedó el anciano furioso  
Mirando, un gran rato, inmoble,  
El rumbo ácia do bogaban;  
Y poco después saliose  
Del cuarto, diciendo airado,  
"Mios son si Dios me acorre."

II.

En una chica falúa  
Aun mas lijera que el viento,  
Sobre el húmedo elemento.

Navegan de noche dos:  
Un jóven que rema ufano,  
Y una muger inocente  
Que revela en su alba frente  
Ser hija digna de Dios.

Lleva su brazo el primero  
Con un pañuelo vendado,  
Que de sangre está manchado  
Aunque en corta cantidad;  
Pero nada le incomoda,  
Segun se ve, aquella herida,  
Pues rema, lleno de vida,  
Al lado de la beldad.

Ya no se oye el ronco estruendo  
Del rayo que ardiendo estalla:  
El cielo, aunque oscuro se halla,  
No truena ya con furor:  
Ni el aquilon impetuoso  
Silba con afan impio,  
Ni ya sus ondas el rio  
Al trono alza del Señor,

Todo es calma en este instante,  
Aunque calma pasajera,  
Pues tal vez mas cruda y fiera  
Va á volver la tempestad:  
Pues aunque en calma está el cielo,  
Mil negras nubes se agrupan,  
Que toda la esfera ocupan,  
Y caerán con crueldad.



—¿Fernando? dijo la jóven  
Que iba dentro la barquilla:  
He cubierto de mancilla  
Al hombre que me dió el ser:  
El triste estará llorando,  
Pensando en mí, en este instante;  
No pasemos adelante,  
Quiero aunque muera, volver.

—¡Leonor! contestó el mancebo,  
Calma tu afan importuno,  
Que si pesar tiene alguno,  
Pronto fin tendrá el pesar:  
Que cual te he dicho mañana  
A verle iré yo rendido,  
Despues que nos haya unido  
Un ministro del altar.

Y mas tranquila la bella  
Con tan plácida esperanza,  
Llena de fé y confianza,  
Pensó ya solo en su amor;  
Y el arrogante mancebo,  
De nuevo el remo tomando,  
Fué acia adelante vogando  
Ya contento y sin temor.

Mas por un solo momento  
Dejemos á estos amantes,  
Tan tiernos y tan constantes,  
Y volvamos á Isabel,  
Que mientras su hermano ausente  
De noche se halla de casa,

Como que en amor se abrasa  
Recibe á su amante infiel.

Es la casa de Fernando  
Un edificio suntuoso,  
Al cual por un delicioso  
Jardín preciso es pasar:  
Que se halla á un cuarto de legua  
De la en que don Diego vive,  
Colocada en un declive  
Pintoresco y singular.

Allí, en el jardín ameno,  
Es donde Isabel de noche,  
Cuando la rosa su broche  
Suele hermosa recoger,  
Con su amante don Fadrique  
Las horas pasa embriagada,  
Del mundo entero olvidada,  
Horas de dicha y placer.

Y allí es donde, en esta noche  
En que nos halla esta historia,  
De tan amarga memoria  
Para el padre de Leonor,  
A su Isabel don Fadrique  
Que en impura llama ardia,  
Estas palabras decia  
Que á ella inspiraban amor.

~~~~~  
Fadrique

No malogres, Isabel,

Este favorable instante,
Que manda el Dios Israel,
Sigue á este infeliz amante
Que te adora tierno y fiel.

Isabel

Fadrique, bien sabe el cielo
Que ardiente mi pecho te ama;
Mas ¡ay! que en el triste suelo,
La mas leve cosa infama
A quien no vence su anhelo.

Que el honor de la muger
Cualquier accion la desdora;
Y si se llega á perder,
Es éter que se evapora
Para nunca mas volver.

Nada importa que segura
Esté á su lado: que el hombre
La accion tan solo murmura,
Y aunque me juzgue muy pura,
Ha de aborrecer mi nombre.

Fadrique.

¿Y qué importa, di, Isabel,
Que en duda pongan tu honor
Por un momento cruel?
Al ser yo tu esposo fiel,
Bendecirán nuestro amor.

Mil veces, tierno querube,

Cubre el inmenso farol
Del cielo, ligera nube;
Pero mas brillante el sol,
Deshecha la niebla, súbe.

Así el lijero nublado
Que tu honor llegue á eclipsar,
Se mirará disipar;
Y tierna esposa, á mi lado,
Mas luciente has de brillar.

Humildemente á tu hermano,
Rendido pedí tu mano
En que cifro mi placer,
Y tu has visto que inhumano,
No me la quiere ceder.

Sígueme, pues, por favor,
Y acábense penas tantas;
Y esposos ya, sin temor,
Echándonos á sus plantas
Bendecirá nuestro amor.

Isabel.

No, Fadrique; en que te siga
No insistas mas: si mi llanto
A alguna cosa te obliga,
Deja que en duro quebranto
Mi triste suerte maldiga.

Si, que en mi duro jemir
Tendré siquiera el consuelo,
De no haber hecho sufrir